

**P. Mauro-Giuseppe Lepori OCist**

## **¿Se puede vivir y transmitir una esperanza invencible?**

A comienzos de este año escribí un artículo para la revista de *Russia Cristiana* que me ha permitido tomar conciencia de la verdadera naturaleza de la victoria de Cristo sobre el mal, y por tanto del verdadero fundamento de una esperanza invencible. Escribía en dicho artículo: «Jesús [...] no se encarnó antes de que Adán y Eva pecaran, o antes de que Caín matara a Abel, para impedir que nuestra libertad pudiera elegir el mal. El mal, la serpiente, la mentira y el odio ya habían vencido no solo la fragilidad humana, sino también el ofrecimiento incondicional del amor de Dios, la confianza total que Dios ponía en su criatura al entregarle la libertad. Cristo no impide la victoria del mal: la repara, la redime, y esta es su victoria pascual, la victoria de la misericordia de Dios. Cristo no vence solo al mal, sino que vence sobre su victoria.»

(<https://www.lanuovaeuropa.org/chiesa/2024/01/11/cristo-e-la-vittoria-del-male>)

Cuando meditaba sobre esto, con el trasfondo de un mundo que nos parece cada vez más horrible y tenebroso, o que al menos es presentado así por los medios de comunicación, no podía dejar de pensar en Takashi y Midori Nagai y en la profecía de esperanza que ellos ofrecieron justamente en el momento en que toda esperanza de bien, de vida y de alegría parecía destruida para siempre, porque con el uso de la bomba atómica se tocó el fondo tenebroso de la capacidad de destrucción masiva de la que es capaz la humanidad.

El momento de debilidad y desesperación en el que cayó Takashi Nagai, en medio del desierto atómico en el que todo, personas, animales, vegetales y cosas, había quedado reducido a cenizas, le hizo tocar el verdadero epicentro de la historia humana en el que se concentraba todo el mal acumulado por las guerras mundiales, todo el nazismo, el estalinismo, el holocausto de los Judíos, toda la destrucción física, moral, cultural y espiritual de lo humano que se había concentrado en aquellos años cuyas secuelas, lo vemos ahora, no quieren terminar. Takashi fue elegido, llamado para ser, en el corazón de esa destrucción, un signo de esperanza, un profeta de la victoria de Cristo sobre la victoria del mal.

¿Cómo sucedió esto? ¿Cómo llegó a ser este signo? Esto es lo más importante que debemos comprender y acoger, porque esto es lo que necesita el mundo, hoy igual que siempre, y esto es lo que necesitamos también nosotros para no caer en la desesperación y para ser sostenidos por una esperanza imposible y, sin embargo, real.

Somos conscientes de que esta es la verdadera alternativa: o dejarnos absorber por una desesperación global en la que nadie tiene rostro, o bien ser sostenidos por una esperanza que devuelve a la humanidad el rostro al que Dios la llama al crearla a su imagen y semejanza.

No se puede ser imagen de Dios sin ser imagen de un bien invencible, de un bien luminoso, lleno de alegría.

## La esperanza es vocación

Por eso es importante comprender que la profecía de Takashi Nagai y de su mujer Midori es ante todo el fruto de una llamada, de una vocación a la que ambos respondieron que sí.

En la autobiografía de Takashi Nagai vemos que su vocación implicó varias etapas y que cada una de ellas requirió de él un nuevo sí al Señor. Esta noche me gustaría concentrarme en la que, en mi opinión, es la última y definitiva llamada a la que respondió que sí hasta la muerte, porque se reveló para él como la llamada a encarnar una esperanza invencible que constituyen su anuncio y su herencia suprema, que hoy nos alcanzan también en nosotros.

¿Cómo se expresó la esperanza de Takashi Pablo Nagai después de hundirse en la más profunda desesperación? En los años que pasaron entre el estallido de la bomba atómica y su muerte, Nagai trazó un camino de esperanza, que había empezado a trazar desde luego en todos los pasos de su increíble existencia, un camino que es una vía abierta para todos y que se nos propone para vivir con esperanza nuestras pruebas personales y familiares, así como las que, de un modo u otro, afectan a toda nuestra sociedad, a toda nuestra época.

Inmediatamente después del momento de total desesperación en que sus fuerzas cedieron hasta el punto de perder el conocimiento, Takashi tuvo esta experiencia como punto de partida del camino de esperanza que lo acompañará hasta la muerte:

«El silencio era total. No se oía ningún sonido ni había signo alguno de vida en el desierto atómico. Hacia el este el cielo se volvía cada vez más luminoso. Parecía que la luz de la esperanza llegaba para iluminar las tinieblas de la desesperación. Se quedó esperando mientras el corazón se despejaba. En el silencio escuchó una voz potente que susurraba: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mt 24,35). Era la voz de Jesús» (*Lo que no muere nunca*, pp. 320-321).

### «Pero por tu palabra»

Con frecuencia me he preguntado por qué Jesús le dijo a Takashi estas palabras en ese momento, y no otras palabras, por ejemplo las que dice en el Apocalipsis: «Mira, hago nuevas todas las cosas» (Ap 21,5).

¿Por qué dijo Jesús esta frase en la que promete la permanencia de sus palabras más allá de la desaparición del cielo y de la tierra, es decir, del universo? ¿Qué fuerza y qué consistencia deben de tener las palabras de Jesús para resistir a toda destrucción, para vencer toda aniquilación! Todo pasa, todo pasará, pero las palabras del Señor no pasarán, permanecerán, seguirán siendo reales, consistentes y capaces de “llevarnos”, de sostenernos, de mantenernos en el ser. Es como si Jesús anunciara a este hombre destruido, a este hombre que se había derrumbado ante una realidad pulverizada, que su Palabra es y será para él como la balsa que lo salvará, a él y a todos, de naufragar en la nada.

Nagai se dejó provocar con tanta fuerza por estas palabras de Jesús, se dejó reanimar por ellas hasta tal punto, que desde ese momento es como si marchara sobre ellas como sobre un camino seguro y cierto para atravesar el polvo del mundo sin dejarse ahogar por él. Me recuerdan lo que san Pedro le respondió a Jesús cuando este le pidió que fuera al lago y echara las redes para pescar: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes» (Lc 5,5).

Es como si dijera: «Maestro, en la noche ya hemos experimentado la nada, el vacío, la inconsistencia de nuestras fuerzas, de nuestro trabajo insomne. Sin embargo, siento y acepto que puedo fundar *en tu palabra* una esperanza de bien, de fecundidad, de

recuperación del tiempo perdido y estéril que de otro modo sería imposible. Por tu palabra siento la fuerza y la decisión para echar otra vez las redes al mar, esperando en el bien que tu presencia, tu rostro, tu amor me prometen».

E inmediatamente se produce el milagro de la pesca abundante.

¿Cómo escuchó Nagai después esas palabras de Cristo: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán»? ¿Cómo determinaron estas palabras de Cristo los últimos cinco o seis años de su vida? ¿De qué modo pudieron estas palabras trazar para él, para sus hijos, para su comunidad cristiana y su ciudad, para todo Japón y para tantas personas en el mundo entero, y ahora también para nosotros, cómo pudieron trazar para todos una vía de esperanza a través del polvo y de las ruinas?

Al final de su autobiografía, Nagai afirma, escribiendo de sí mismo en tercera persona: «¡No podía soportar una vida sin sentido! Tenía que encontrar lo que no perece. Tenía que aferrarse a lo que no muere nunca. El tiempo pasa, el espacio se desvanece, los seres vivos mueren, pero nosotros tenemos que vivir la vida de modo que permanezca lo que no perece, lo que no muere.

“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”. Había comprendido que lo que va más allá del tiempo y el espacio y permanece para siempre es la palabra de Jesucristo, que es Dios. La vida en Su palabra, la vida con Su palabra, la vida que ama a Dios y es amada por Dios, la vida sobrenatural, la vida del espíritu: esta es la verdadera vida que un hombre debe vivir.

[...] Lo había perdido todo, pero estaba entrando en su nueva vida, en busca de aquello que nunca perdería» (*Lo que no muere nunca*, p. 322).

«El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán».

Tomarse en serio estas palabras significó para Nagai vivir escuchando la voz y las palabras de Cristo, justamente para adherirse a «lo que no muere nunca», a lo que nunca pasará, aunque pasen el cielo y la tierra. Al escuchar a Jesús, Takashi se aferró a lo eterno, se ancló en una Presencia que no pasa, que no muere. De este modo, al escuchar a Jesús, dejándose llamar por su voz, se encontró caminando por un camino de esperanza segura. Y quien camina por este camino se convierte en un pionero, es decir, uno que traza el camino para los demás. Es lo que Jesús dice al hablar de sí mismo como el buen Pastor: «Las ovejas atienden a su voz, y él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz» (Jn 10,3-4).

Encontrar el camino y proponerlo, escuchando y siguiendo la voz de Jesús que nos dice las palabras que no pasarán nunca: ¿no es acaso este el recorrido sinodal que el Papa está proponiendo y en el que la Iglesia, mejor o peor, se está comprometiendo, justamente para señalar al mundo de hoy y a toda la humanidad un camino de esperanza verdadera?

## **Escucha y transmisión**

Takashi Pablo Nagai decidió vivir los últimos años de su vida como un monje, en una cabaña, una especie de eremitorio, en una pobreza hecha de cosas esenciales; pero al mismo tiempo vivió como un misionero siempre abierto y disponible a la acogida, a la escucha de las miserias de cientos de personas. En esa celda monástica abierta, Nagai cultivó existencialmente *la escucha de la palabra de Jesús y su transmisión*.

Es increíble todo lo que pudo escribir en aquellos años dominado por una pasión, por un ansia de comunicar al mundo, a la posteridad y a sus hijos lo que él mismo había escuchado a través de la experiencia de su vida, de su fe, de su oración y de su caridad.

Me gustaría detenerme en esta pasión por el anuncio, por la transmisión de la verdad que, repito, me parece que brota en él y a través de él desde ese momento crucial en que escuchó la voz de Jesús que le decía: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán». Es como si Nagai hubiera gastado el resto de su vida para transmitir, para hacerse eco, para difundir esas palabras que no pasarán nunca, justamente ahí donde todo pasa, justamente ahí, la ciudad de Nagasaki, donde todo había pasado ya, donde todo había quedado arrasado.

Insisto en esto porque estoy convencido de que este compromiso, esta misión, es justamente lo que le ha permitido a la humanidad avanzar siempre a lo largo de la historia, redescubrir caminos de esperanza, reconstruir las ruinas, reedificar todo lo que el mal ha destruido una y otra vez pero sin poder vencer nunca sobre *esta* victoria sobre el mal que es la Redención de Cristo.

Creo que lo que Nagai escribió para sus dos hijos, Makoto y Kayano, es particularmente expresivo de la intención con la que escribió todo lo que nos ha dejado. Era consciente de que sus dos hijos, que a su muerte tenían 10 y 16 años de edad, no podían entender en ese momento lo que quería transmitirles. Por eso escribió expresamente para ellos unas reflexiones con el fin de ayudarlos a seguir viviendo guiados por la voz de Jesús, igual que había hecho él hasta su muerte.

No puedo detenerme en el contenido de sus escritos, pero creo que lo que hay que subrayar y destacar es justamente el hecho mismo de *dejar en herencia la palabra*, para que también nosotros podamos ser más conscientes del valor de este modo de contribuir a la esperanza del mundo.

En el fondo, quien anuncia la palabra de Jesús, es decir, el Evangelio, expresa un doble acto de confianza. Por una parte, confianza en Dios, en Cristo y en su promesa de que sus palabras no pasarán, pase lo que pase, y por tanto son una herencia incorruptible que siempre podrá ser recibida. Confianza en el hecho de que la palabra de Dios es creadora y por ello es la consistencia de todo. «Dijo Dios: “Exista la luz”. Y la luz existió» (Gén 1,3).

Por otra parte, confianza en aquellos a los que está destinada la palabra, confianza en su escucha y en su libertad para acoger antes o después la palabra expresada.

Quien transmite de mil modos, con palabras y obras, el Evangelio de Cristo –es decir, Cristo mismo que es el Verbo encarnado, la Palabra del Padre venida al mundo, que se ha hecho hombre por nuestra salvación–, quien transmite la palabra de Jesús hace un regalo gratuito que no se impone, sino que permanece, que afirma y reconoce la libertad del otro, su capacidad de abrirse libremente a la palabra de la vida.

Es lo que san Benito le pide al abad del monasterio: que su enseñanza penetre «en los corazones como si fuera una levadura de la justicia divina» (RB 2,5). El abad, fiándose de la potencia inherente a la palabra del Señor, la transmite como fermento, como levadura, con la confianza de que será la Palabra misma la que obre en y con la libertad de la persona que la recibe, dando fruto a su debido tiempo.

De hecho, la palabra de Jesús es una propuesta, no un requerimiento. Llama a la puerta de la libertad del corazón y espera que esta se abra para poder entrar. «Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con

él y él conmigo» (Ap 3,20). Este llamar entra ya en el corazón, resuena ya en él y lentamente suscita en él la escucha, la apertura, el consentimiento a dejarse fecundar, mover y vivificar por la Palabra.

### **La paz del anuncio**

Por eso quien, al igual que Nagai, lo apuesta todo a este anuncio, conserva una gran paz. Sabe que quien obra es el Verbo mismo, es la palabra misma de Jesús, incluso dentro de nuestras palabras. El siervo de la palabra de Dios pone todo su empeño en transmitirla, pero no pretende nunca sustituir su fuerza intrínseca, que es la única que le permite penetrar en los corazones.

Esta dinámica me hace pensar en la frase franca y desarmante con la que cuentan que santa Bernadette de Lourdes respondió a las dudas de su párroco con respecto a lo que la Virgen le había encargado decirle: «*Je ne suis pas chargée de vous le faire croire, je suis chargée de vous le dire* – No se me ha encargado que lo creáis, se me ha encargado decíroslo».

San Pablo, en medio de todas las contradicciones que sufre, expresa la misma libertad y el mismo desprendimiento: «El hecho de predicar no es para mí motivo de orgullo. No tengo más remedio y, ¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 Cor 9,16).

Takashi termina los escritos destinados a sus hijos, compuestos sobre todo por comentarios de textos evangélicos, bromeando sobre la posibilidad de que Makoto y Kayano puedan no entenderlos o considerarlos ingenuos:

«¡Quién sabe qué dirán de mis pensamientos estos dos chicos cuando se hagan mayores! Dentro de 50 años serán más viejos que yo y, si entonces ojean juntos este libro, comentarán quizá lo ingenuas que eran las ideas de su padre, haciendo repiquetear ruidosamente sus dentaduras postizas» (*Lasciando questi ragazzi*, p. 269).

¡Qué serenidad tan profunda ha de tener un hombre para escribir con esta hilaridad un testamento ante la inminencia de la muerte y de la separación! Takashi está seguro de que las palabras de Jesús que ha traducido en palabras suyas, es decir, en testimonio, para comunicárselas a sus hijos, *no pasarán nunca*, alcanzarán su corazón y su existencia, fecundándolos para una plenitud de vida que él ha experimentado antes y que ha visto en Midori, incluso cuando la encontró reducida a un montón de huesos calcinados junto a la corona de su rosario, después de quedar física, pero no espiritualmente, pulverizada por la bomba.

Y Nagai sabe también que la intención de bien de sus palabras no quedará circunscrita a sus dos hijos: sabe que toda palabra verdadera, porque es de Cristo y está enraizada en su propia experiencia vivida y sufrida, es verdadera para todos, es un bien para todos. De hecho, antes del párrafo que he citado, Nagai piensa en todos los huérfanos que ha dejado la bomba, y siente que su intención y su palabra se unen a la multitud celestial de padres que han tenido que dejar solos a sus hijos en este valle de lágrimas:

«He querido transcribir en este libro mis reflexiones, lo que mis hijos han hecho y lo que yo les he dicho, porque ahora no pueden entender, pero un día podrán leer estas páginas.

Este es mi libro de familia. No está destinado al público también porque se trata de un modo de pensar y de vivir que no es corriente en este mundo. Y sin embargo, creo que los padres de los huerfanitos –las almas de los que murieron en un instante, dejando a sus

amados niños entre las ruinas en llamas– sienten resonar en su intimidad los mismos pensamientos. Si hay almas en sintonía conmigo, entonces este libro habla también por ellos» (*ibid.*, pp. 268-269).

### **Cristo, ayer, hoy y siempre**

En el mundo actual existe un gran vacío de palabras verdaderas, de palabras de Dios, de Cristo. Hay mucho ruido, mucha confusión, quizá también en la Iglesia, pero una propuesta insuficiente de palabras por las que se pueda vivir, caminar, seguir adelante con confianza. El ruido es un falso silencio que no escucha las palabras de la vida. Todo pasa, todo se consume y corrompe, como siempre. El cielo y la tierra pasan, y cada época, cada vida, cada día, constituyen inevitablemente un lugar en primera fila para ver el espectáculo del devenir de todo.

Si creemos que estamos a salvo porque nos limitamos a mirar este espectáculo como desde la orilla del río que corre rápido hacia el mar, en realidad somos succionados por este discurrir, por este pasar de todo hacia la nada.

Pero si nos alcanza la voz de Jesús, su palabra, podemos experimentar que, al escucharlo, la escena del mundo que pasa no es ya la definición total de nuestra experiencia. Nos vemos atraídos por otra cosa, por Otro que está viniendo sobre las nubes al encuentro de la historia, al encuentro de la vida que sus pasos ya están tocando y recorriendo, trayéndonos una consistencia de la vida, del corazón, de las relaciones, de las obras que sería imposible de otro modo. Todo pasa, pero Cristo viene al encuentro de esta experiencia, transformando el aparente deslizarse de todo hacia la nada en la *llegada de Aquel que es TODO en nuestra nada*, y que nos lleva con Él a una gloria que no es nuestra, pero que nos hace ser plenamente nosotros mismos en la misericordia del Padre que, en Cristo, renueva todas las cosas por el sople del Espíritu.

Lo expresa muy bien la *Gaudium et spes* en un capítulo que mira la historia a la luz de Cristo: «Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos (cf. 2 Cor 5,15), da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse (cf. Hch 4,12). Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro.

Afirma además la Iglesia que bajo la superficie de lo cambiante hay muchas realidades inmutables [“lo que no muere nunca”, diría Takashi], que tienen su fundamento último en Cristo, que es siempre el mismo: ayer, hoy y para siempre (cf. Heb 13,8)» (GS § 10).

La Iglesia –es decir, nosotros– necesita siempre testigos y profetas como Takashi y Midori Nagai para recordar que el testimonio de las «realidades inmutables», de «lo que no muere nunca», de Cristo, que permanece con nosotros hasta el final del mundo, constituye su vocación irrenunciable y su misión, que funda, transmite y alimenta para todos una esperanza real e invencible.